

## SUEÑO

Manuel Enrique Beltrán Cárdenas\*

Era más de media noche y un nuevo día comenzaba para el mundo, el cielo parecía un oscuro foso por la ausencia de estrellas y luceros, el ambiente era algo frío y hostil aquel 13 de abril. Sin embargo, en un pueblo llamado Titimaní, sus habitantes se entregaban al sueño y al descanso, por allí en un sendero de piedra y polvo, sin principio ni fin, se acercaba la figura de Jacinto; un hombre de mediana estatura, algo delgado y encorvado; que reflejaba en su aspecto mucho de sí, el rostro cansado e inexpresivo, tal vez por lo terrible de su trabajo o por el peso de los pocos años mal vividos; su forma de caminar rápida y firme, pareciera que azotara el piso con sus botas.

No se sabía de donde venía ni para donde iba; al pasar frente al cementerio, inclinó su cabeza y se persigno; continuo su camino como venía haciéndolo; pero algunos instantes después, sintió una mirada sobre sí; ante lo cual giró levemente y descubrió a su lado la figura de un hombre que vestía completamente de negro, el rostro no se apreciaba por lo oscuro de la noche, apenas se dibujaba su figura desgarrada.

El semblante de Jacinto se cubrió por el temor; aquel hombre, con voz ronca y un tanto áspera dijo:

—¡Jacinto! veo que te he asustado, imaginaba que ya no sentías ningún temor.

Jacinto un tanto irritado preguntó:

—¿Quién es usted?

Aquel hombre respondió con una sonrisa irónica y oculta a la vez:

---

\* Estudiante de VI Semestre de la Facultad de Enfermería Universidad Nacional.

–Puedes llamarme Misael, ¡pero no te irrites ni te ofuzques de esa forma! recuerda lo agradable que es sonreír y estar en paz consigo mismo, eso lo sabemos muy bien tú y yo.

Jacinto inquieto preguntó a Misael:

–¿Quién es usted para hablar por mí, si tan solo hace un rato lo conozco?

Misael volviendo a sonreír contesta: ¡Tranquilo Hombre!, aunque no me lo creas yo te he conocido de toda una vida; parece que fue ayer cuando jugabas a la pelota y con barcos de papel navegabas por el inmenso mar de las calles de tu aldea; tu carita inocente y traviesa no cesaba de reír; pero mírate hoy, ¿qué ha sido de tu vida, del verdadero Jacinto de hace algunos años?

–El se murió hace mucho tiempo, la gente de éste y todos los pueblos lo mataron, lo fueron olvidando y apartando, sus ilusiones se fueron espantadas, el mundo cambio del cielo al infierno; el Jacinto de antes desapareció.

–Esto puede ser verdad, pero tú mismo lo estás matando, estás acabando con lo poco bueno que aún te queda.

–Me jodieron, me volvieron así, malo y amargado, todas mis ilusiones y esperanzas fueron cambiadas por el hambre y la miseria.

–Tú mismo también te has encargado de mantenerlas escondidas y sé que cuando han tratado de salir, tú las has ahogado; pareciera que no quisieras luchar, sólo aceptar esta situación, ¡pero aún hay tiempo!

–Eso no es verdad, lo que pasa es que ya no puedo volver a ser el de antes, ya estoy destinado a esto, ¿lo entiende? Ya me hundí aquí y es difícil salir, lo que era un sueño se volvió pesadilla.

–El primer paso de todo es el intentarlo, sólo es necesario un poco de valor y amor para lograrlo, no tengas la visión del caballo de carreta, el mundo es más amplio. ¡Yo mismo te puedo jurar que aún puedes cambiar, el coraje te sobra!

Jacinto se torno molesto y reclamó:

–Ya está bien de tanta conversación, dejemos esos consejos para otro, a mí ya no me sirven.

Jacinto por un momento pareció enloquecer, su cabeza daba vueltas y confundía su vida actual con la que hubiera querido llevar; se sentía mareado y enojado, no paraba de gritar al cielo exclamando: ¡BASTA!, ¡BASTA!; lleno de ira y confusión desenfundó su arma y disparó sin contemplación contra aquel extraño, no pasaron uno o dos segundos para que el cuerpo sin vida se desplomara.

Jacinto se acercó a observar el rostro de aquel llamado Misael, quien tanto le había cuestionado y hecho reflexionar casi hasta la locura; palideció, cerró y abrió sus ojos, agitó su cabeza por algunos instantes; no podía creer aquello:

Parecía mirarse ante un espejo, sólo que aquel otro poseía un rostro calmado y natural, ¡la expresión del hombre que deseaba ser!

Jacinto guardó su arma sigilosamente, siguió con su destino por aquel camino de piedra y polvo, con paso fuerte y ágil, sin darse cuenta que aquel cuerpo se evaporó en la noche en el mismo instante de haber girado y recomensado su mundano andar.

Para Jacinto fue otra de sus muchas muertes, pero lo que nunca sabrá, ¡es que fue la muerte de su último sueño!